

Me pongo a escribiros después de haber leído los escritos de Jorge y Pablo de los últimos días tratando de que con su ayuda demos un paso más, con el objetivo de que todos los participantes en el taller nos entendamos mejor, haya más cohesión, nos movamos hacia adelante comprobando al tiempo si lo hacemos en la buena dirección.

Lo que más me resalta al leer ambos textos es el énfasis que ponéis en la entrevista como paso inicial en la recuperación de recuerdos de paz de vida y en el “pecado original” que hace que esa entrevista genere recuerdos heroicos, fuera del alcance de la gente normal y corriente, ejemplares y, por eso mismo, paradójicamente a fin de cuentas disuasorios. En ese sentido tu afirmas, Jorge, que *“ esa tendencia..... puede ser tremendamente nociva al poner los casos de “paz de vida” en el plano de lo mítico y de lo literario ”* y tu Pablo concluyes, *“sólo se puede ser espectador, corroborar su testimonio ”*.

En esto estamos los tres de acuerdo, pero me parece que vosotros dos situáis el problema en la cultura en que estamos inmersos -que tratáis cada uno a su manera de formas bien diferenciada- véis el punto en que se desvirtúa el recuerdo en entrevista inicial e insistís en que *“ un punto fundamental en el taller, debe ser... una profunda reflexión sobre “la tecnología de la entrevista o recolección de testimonios”* Jorge, y tu Pablo te refieres a *“la construcción del criterio o el marco de las entrevistas”* señalando que *“Mi forma de eludir o reducir esta tentación ejemplarizante es tratar de reconstruir en la entrevista el territorio de la ambigüedad, del dilema moral, incluso la expresión del fracaso, el reconocimiento del comportamiento no heroico o menos heroico...”*

También yo entiendo que el relato se contamina ya al nacer. Pero a mi entender hay otro factor fundamental a tener en cuenta. Cómo se construye el relato y qué se infiltra en él es de la mayor importancia, pero qué se relata no es de menor importancia. Relatos de horrores, terror, padecimientos y resistencias son bien distintos de relatos de paz de vida. En el momento en que no sigues echando la mirada sólo a cosas de ese tipo, sino a acciones de paz de vida que hasta entonces ni encontrabas ni buscabas, estás dando un giro a la cultura en que te encuentras inmerso, un giro gracias al que aparece vida en ella. Al cruzar esa frontera se transmuta lo que aparece como sobrehumano, fuera de lo común, y se hace humano, común.

Me repito y sigo: Cierto es que hay la perspectiva “holocaustiana”, *“la santificación, heroización, “martirización” del que aporta el testimonio, del testigo ”*, y que es nefasta, pero a mi juicio su lugar es la memoria de los horrores, del terror y de la resistencia, y no la memoria de paz de vida. Cuanto más rasgos de complicidades sutiles, artimañas, diabluras, aporten los recuerdos, más crujiente, alegre y seductora será esa memoria, más será una crónica picaresca de paz.

Pero de hecho los relatos de paz de vida aparecen insistentemente contaminados por esos rasgos “holocaustianos”. Ayer mismo tuve en ese sentido otro topetazo con la realidad, que os cuento:

Me había emocionado, María, aquel breve relato que hiciste del “Ángel Rojo” en Paracuellos del Jarama y cuanto más vueltas le dí, más me pareció que sería bueno meterlo en el muestrario de relatos que forman la `materia' de nuestras sesiones de taller. Era el relato del ángel que formaba parte lleno de convicción de un bando -CNT- , que había salvado una y otra vez vidas del interior del bando enemigo, encontrado -a veces- reconocimiento y agradecimiento por parte de quienes le debían la vida y que a las puertas de su muerte canjea amistosamente un beso al crucifijo por corbatas cenetistas en su sepelio: un puente simbólico, que interpreto como gesto de paz de vida de otro tipo, un eco del acto que salvó vidas y justo tu María has hablado ya -creo que en este sentido de recuerdos pacificadores.

Una maravilla como para visitar Paracuellos del Jarama, recordarla y cerebrarla.

Miro en Google y encuentro que sobre el Angel Rojo hay mucho escrito, incluso un libro bien investigado y con voces de familiares, amigos. Pienso que va a ser ideal y que va a tener mucho jugo, voy ayer y lo saco de la biblioteca: Lo primero que leo es un relato épico que dibuja una especie de mezcla entre Cyrano de Bergerac y el Capitán Trueno. Un héroe sólo, tierno y terrible, con el dardo en la palabra, que pone en juego su vida frente a una masa enloquecida ¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser así?.

Ese traspies me sirve para intentar un diagnóstico doble: Por un lado, nos encontramos lo que estamos buscando, que son recuerdos de engarces de paz de vida en contextos terribles y trágicos, como hace Svetlana. Precisamente en esos contextos resaltan, pero en ellos necesariamente tienen y resaltan aristas duras. El “Angel Rojo” además de ser humano, ha debido de ser realmente heroico como aparece en el relato.

Por otro lado al estar esos rasgos de paz de vida trenzados con contextos de terror y terrible violencia, tales contextos tienden a contagiar – a teñir con sangre – todo lo que llevan dentro sin dejar que nada sobresalga. Así aparecen los rasgos de paz de vida como “poca cosa” sin peso propio. Al estar imbricados con algo bien potente, se contagian y desvirtúan. Carecen de anticuerpos.

¿Qué os parece? Quizá sea más claro si continúo este intento de diagnóstico con una propuesta de terapia, que esta vez es triple:

1.- Podemos extender la mirada para que no busque aisladamente los rasgos de paz de vida en contextos terribles, sino la extienda a lugares en que la paz de vida no resalta, pero discurre más tranquila, quieta, sin aristas épicas, como ocurre en la inmensa mayoría de los contextos de nuestras vidas diarias, como -digamos- en las sonrisas e incluso guiños de complicidad que nos echamos hasta sin conocernos al cruzarnos en un camino del monte, o en la misma calle.

Por si solos en esos contextos los rasgos de paz de vida no resaltan, no se les trata de entender ni de alentar construyendo memoria, porque ya se les sobreentiende, presupone, sin más.

Pero si combinamos los rasgos de paz en la negra noche y en la mañana primaveral, se hacen reconocibles gracias a la complicidad que hay entre ellos

2.-Podemos tratar de dotar de anticuerpos a los recuerdos de paz de vida para que mantengan su peso propio sin que se desvirtúen al ser arrastrados o apabullados por los contextos de horrores y terror. Se me ocurre que un anticuerpo es la deconstrucción de los relatos épicos y victimistas. Esa deconstrucción muestra lo aplastante que es la memoria de los héroes y mártires, que no admite réplica ni añadido, tanto por su naturaleza, como la vigencia y el monopolio que le otorgan las políticas de la memoria, atentas a situar toda la culpa en el lado opuesto y todo el bien en el propio, aunque bajo el manto y con el gesto de árbitro imparcial.

Pero otro remedio, complementario y mejor es interpelar amigablemente a los recuerdos de paz de vida pidiendo que se nos abran más y regalen las riquezas que aún ya hecha la narración siguen escondiendo en sus entrañas. En ese sentido, Pablo , interpreto tu frase. *Algo que hace tan compleja e interesante su recuperación es precisamente que no siempre pueden ser verbalizados, justificados en su momento, y ello se expresa en el silencio que los rodea durante tiempo: han de cambiar los contextos, el valor que se otorga a esos*

actos para que puedan adquirir pleno reconocimiento, y puedan hacerse públicos.

Quizá eso sea abrir la historia para hacer brotar de ella memoria, con su abanico polifónico de recuerdos y emociones. “Así -Jorge- , quizá logremos que- *los casos de paz de vida no sólo sean testimonios de un “bien” si no que además sean contados con su propio lenguaje, vocabulario, palabras clave, etc.*

3.- Una y otra vez esos rasgos de paz de vida trenzados en contextos cargado de horror acaban mal, se malogran, desentran en martirio, o son instrumentalizados por el poder dominante: “Si te empeñas en salvarle la vida, vale, pero tú respondes por él” ¿No nos suena esa frase?.

Aquí sólo se me ocurre decir que la atención a los casos en que el rasgo de paz de vida queda desbaratado y vidas terminan rotas, debe de ser parte del prototipado.

Todo eso es moverse aguas arriba, hacia la fuente, que es la realidad en que que aquello tuvo lugar.

Digo esto porque así creo entender mejor el hincapié que hacéis en la entrevista inicial, vuestras reflexiones al respecto son enriquecedoras y estoy de acuerdo con ellas. Pero, como quiero enviaros ya hoy este comentario, no me va a dar tiempo para desgranarlas. Sólo transmitiros una reflexión más y una especie de bendición grandilocuente y esperpéntica:

Pienso que la atención que ponéis en el peldaño de la entrevista, debemos de ponerla en todos los peldaños que componen la escalera que hemos trazado al planear este proyecto, que esquematizando como un itinerario de ferrocarril, puede resultar así: 1.- Estación de partida: Recogida de recuerdos – entrevistas, grabadora, cámara, 2.- Parada y fonda: Archivo, 3.- Estación términi: Presentación pública y difusión.

Y para terminar, una frase de un viejo amigo muerto hace ya años Kenneth Boulding: “Lo que es real es posible”. Todo este itinerario “estación de partida > parada y fonda > estación términi” exige atender a infinitas cosas y tiene una tremenda complicación, parece fuera de nuestro alcance. Pero es un itinerario realmente recorrido y con un logro sin igual por el cristianismo que, haciendo memoria de la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo, partiendo de cuatro narraciones tardías e inciertas, pero oficiales, ha educado durante casi 2000 años a una buena parte de la humanidad.

Ese itinerario está atravesado por emociones empáticas.

JuanG

SOBRE LA GESTIÓN DE DATOS EN CASOS DE PAZ DE VIDA EN EL PROYECTO MEMORIA Y PROCOMÚN. MEDIALAB.

1

Toda recolección de los recuerdos de momentos traumáticos, sea cual sea el tipo buscado, implica una herramienta extremadamente delicada: la entrevista. Dejando a parte pensamientos claramente

antropológicos sobre el acercamiento al “que no somos nosotros”, cabría pensar este momento como una escena en que la pregunta no es el único elemento y la respuesta tampoco. Ya profundizaremos.

En primer lugar la tendencia a la santificación, heroización, “martirización” del que aporta el testimonio, del testigo, está arraigada en nuestra cultura y puede ser tremendamente nociva al poner los casos de “paz de vida” en el plano de lo mítico y de lo literario que, en mi opinión, es el punto más flojo del estupendo trabajo de Svetlana.

Como curiosidad culta, en griego moderno, eso que se habla en un país también balcánico, la palabra “testigo” se traduce como “MARTIRAS”. También estaría bien sacar a colación ciertas referencias a aquel que ha visto la gornona, aquel que realmente es testigo, porque ninguno puede serlo desde el momento en que es superviviente y no ha visto realmente el mal.

Tras este pequeño regocijo en las palabras, hay que pensar en cual son los precedentes que tenemos en la recolección (y rara vez análisis) de casos de cualquier tipo. Las fundaciones de Bill Cosby (Black Elder Memory project) y SOAH SURVIVORS de Spielberg son un ejemplo perfecto de lo que no se debe hacer: gastar dinero y esfuerzo en recorrer el mundo para que diferentes “actores” nos cuenten lo que ya sabemos y no que no necesita de mas “MARTIRES” porque su potencia como verdad universal no sólo es intocable e impermeable a cualquier revisionismo, si no que además, la propia narrativa holocaustina, se ha medido en las venas del “cómo contamos la tragedia” en cualquier soporte, impidiendo que cada conflicto genere su “tecnología de lenguaje y memoria” sin tener que recurrir a la holocaustiana, que parece adoptar bajo su manto cualquier otro conflicto.

Por ello, y de eso trataré en el taller, una profunda reflexión sobre “la tecnología de la entrevista o recolección de testimonios” debe ser un punto fundamental si, como parece, todos estamos de acuerdo en cual es el entorno semántico de los casos de “paz de vida”.

Trabajar en una “tecnología del dialogo y la recolección” es fundamental para que los casos de paz de vida no sólo sean testimonios de un “bien” si no que además sean contados con su propio lenguaje, vocabulario, palabras clave, etc.

2 A pesar de que las herramientas informáticas permiten que la recolección, reflexión y análisis, ocurran de manera simultánea, es inevitable separar los apartados para construir un texto lineal como este.

El tratamiento de los casos por categorías, tags, taxonomías, es útil pero poco deseable. En todo caso la organización de la información debe responder a un principio fundamental: su recuperación, que no se pierda. Para ello la disciplina archivística tiene sus herramientas que pueden ser usadas, a pesar de que lo que parece buscarse no es precisamente un archivo tal como se define habitualmente.

El debate entre organización de los items y su visualización debe ser la segunda parte de todo esto pues la organización ya es una forma de discurso que dice mucho de cualquier proyecto y habría que examinar si no es precisamente ahí donde debemos empezar a cambiar los males del discurso holocaustiano y todas sus categorías, taxonomías, descriptores y descripciones.

La herramienta de organización y las posibles visualizaciones en todo tipo de formatos y soportes de las recolecciones son sin duda el segundo punto de este problema:

¿Gestionar la información de una forma tradicional y jerárquica y mentir en la visualización o, al contrario, comenzar por los cimientos del aparato que contiene esos ocurrires que son los documentos y entrevistas?

Insistiendo en la idea de que los documentos ejemplares (usando el término de Todorov) son aquellos que quedan instalados en una agrupación que permite el constante ocurrir de los mismos alejándolos de la idea de consulta de investigador individualizada y literal, en tanto que provoca una única lectura atada a la época en que ocurrió.

3 El archivo

Partiendo de la idea de que un proyecto así no debería llamarse archivo, si es cierto que la archivística, como gestora de un grupo orgánico de documentos producidos por un individuo o institución en el ejercicio de sus funciones (en este caso sería el proyecto memoria-procomun) tiene un papel inegable en todo esto.

La archivística habla el lenguaje de lo que en una determinada época se considera objetivo y como tal confiere cierta autoridad a los documentos e items que agrupa bajo su manto:

a La existencia de un archivo, que se ajuste a las necesidades del proyecto, es indiscutible.

b Otra cosa será esa herramienta o herramientas de recolección, análisis y organización que sin tener la pretensión de constituirse en archivo son precisamente la actividad del proyecto el ejercicio de las funciones que el archivo administrativo del proyecto deberá tratar de acuerdo a la ciencia archivística.

Esta coexistencia de una organización ideologizada de lo recopilado y un archivo de la actividad y su producción lejos de ser una contradicción permite reflexiones sobre el “management” de la información como forma de creación de discurso y la recolección de la huella siempre tenga el respaldo en el archivo de la propia existencia del proyecto.

Besos a todos

PABLO: COMENTARIO A JORGE

Así como en la cultura teológico-moral del cristianismo ortodoxo el testigo es llamado “martir”, en la católica occidental, los santos y personas destacadas por sus actos son “ejemplares”, es decir, que se entiende que han de servir a otros para imitarlas. En ese sentido, igual que el lenguaje del holocausto, tenemos el lenguaje del acto ejemplar que, al elevar la categoría del protagonista, en cierta medida lo deshumaniza, situándolo de un modo intangible pero instituido, por encima del común de los mortales, sus espectadores. El problema que se crea es que no es fácil la interlocución, el diálogo, con el santificado: sólo se puede ser espectador, corroborar su testimonio.

En la construcción del criterio o el marco de las entrevistas creo que es importante tener en cuenta esta otra deriva que nos es más natural y profunda a los europeos, y en particular a los españoles, y que está constituida por numerosas capas muchas de ellas solapadas con tendencias de la cultura ya moderna y secularizada, como el mecanismo unidireccional de los medios de “comunicación”, el culto a la personalidad y las tecnologías de creación de sujetos públicamente virtuosos (Rousseau adaptó muy bien el ideal de la imitación de los santos a la emulación de los héroes ciudadanos). Es un recordatorio contra la tendencia a ofrecer una épica moralizante que creo que converge con lo planteado por Jorge.

Mi forma de eludir o reducir esta tentación ejemplarizante es tratar de reconstruir en la entrevista el territorio de la ambigüedad, del dilema moral, incluso la expresión del fracaso, el reconocimiento del comportamiento no heroico o menos heroico, como parte plenamente esperable y asumible de un escenario en el que los actos de “paz de vida” son por principio, además de anómalos, ilegales, incluso delictivos, y ello los vuelve más bien extraños, gestionables en su contexto de realización,

de manera que pocas veces suceden de forma heroica, como un desafío abierto a normas establecidas.

Ya entrando en el terreno de su recuperación, la marca de estos actos es que quienes los vivieron o testimoniaron no los tomaron por ejemplares en su momento. Algo que hace tan compleja e interesante su recuperación es precisamente que no siempre pueden ser verbalizados, justificados en su momento, y ello se expresa en el silencio que los rodea durante tiempo: han de cambiar los contextos, el valor que se otorga a esos actos para que puedan adquirir pleno reconocimiento, y puedan hacerse públicos. Tener en cuenta esa necesaria transformación en los contextos es un buen asidero a la hora de hacer las entrevistas pues ayuda a evitar construir imágenes heroicas y sobre todo ayuda a evitar demandar narraciones ejemplares.

También hay que decir algo sobre esta idea del contexto cambiante como explicación de todo, pues a menudo no se trata de que los valores hayan cambiado y las experiencias antes silenciadas puedan ahora salir a la luz sin más, sino que en su contexto de acaecer, el problema era que ese tipo de actos funcionaban por referencia a valores que habían pasado a segundo plano, aplastados, marginados, despreciados por una cultura dominante muy excluyente. Se puede así establecer además del contraste, el nexo entre valores de paz de vida que, tampoco es que hayan estado siempre ahí pero marginados, sino que adquieren grosores y visibilidades diferentes en contextos distintos dependiendo de cómo engarcen con valores convencionales dominantes. Vivimos un tiempo en que la cultura de los derechos humanos permite valorizar actos de paz de vida que en otro tiempo también eran comprensibles, pero bajo otros esquemas valorativos por ejemplo de corte comunitario local, o vinculados a mitos heredados...

Yo tiendo a ver aquí el engarce entre historia y memoria del que hablaré en mi sesión. La mayoría de los escenarios que han producido violencia traumática a lo largo del brutal siglo XX contenían y contienen capas culturales muy densas y complejas, muchas de las cuales remiten a un largo pasado en el que el mecanismo convencional de codificación de las narrativas era la memoria. La memoria ha sido el vehículo de transmisión del pasado en todas las culturas tradicionales: funcionaba como dador de sentido y promotor de la identidad individual en los colectivos, incluso como prueba legal en los juicios y como justificador de las luchas sociales y políticas. Sin embargo, la narración de esos escenarios traumáticos del siglo XX ha estado dominada de un modo excluyente por la historia, una tecnología narrativa que tiene sus valores, pero también sus constricciones y servidumbres, y una esencial viene a ser la necesidad de dar protagonismo a factores impersonales (económicos, sociales, políticos, culturales...) así como otra es incluir personajes ejemplificadores de esos factores. Las historias de paz de vida sólo pueden pasar al centro de la historia (académica o consagrada) si se edifica un marco epistemológico y teórico alternativo al actual y para ello haría falta a su vez cambiar radicalmente la definición convencional de conceptos de las ciencias sociales, como conflicto o sujeto....

Es por eso que un trabajo de recuperación de historias de paz de vida ofrece en realidad un espacio más allá de la memoria, ofrece la posibilidad de contribuir a un marco distinto sobre la narración del pasado en el que las fronteras entre memoria e historia se relajen, y sobre todo en el que la memoria recupere un valor social perdido con la modernidad: su condición de dimensión sine qua non para dar sentido y producir los fundamentos de la identidad. La identidad nuestra, de los modernos, sigue, al igual que la de nuestros ancestros que no eran educados con libros de historia "objetiva y científica", urdida en torno de historias de paz de vida; es sólo que éstas carecen del valor social que tenían en los relatos memorísticos antiguos, y por tanto hemos perdido el hilo conductor que garantiza su buena factura, y sabemos aún menos sobre cómo adecuarla además a un mundo como el actual, con sus medios tecnológicos de difusión y sus públicos globalizados. El taller es un granito de arena en un tema desbordante.